CAPITULO XLIII

DURA TRAVESIA

Al separarse el capitan Adrian Pinto de su general Mina, lo menos que pensaba era que podia tener algunas dificultades en su viaje: lleno de juventud y de vigor, dotado de una ardiente naturaleza y valiente hasta la temeridad, creia que con algunas precauciones que tomara como la de cambiar de nombre y vestir el traje comun á la gente del campo, le seria fácil atravesar todo el pais sin llamar la atencion, á cuyo efecto instruyó á su criado de que no le hablara por otro nombre que el de D. Pedro y que cuando le preguntaran quien era su amo, se limitara á contestar que era hijo de un hacendado español y nada más. Parecia que su poca edad debia ponerle á cubierto de cualquiera tropiezo, pues nadie podia creerlo un intrigante.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Despues que hubo recorrido dos ó tres leguas pensando en estas cosas y cuando ya juzgó bien tomadas todas las avenidas de su para él sencilla expedicion, se dedicó á pensar si convendria ó no tocar á México. Mina no se lo habia ordenado, limitándose á darle instrucciones para el caso de que llegara á la capital. A la penetracion del caudillo no se habia escapado el deseo muy natural que tendria Pinto de llegar, aunque no fuera mas que para tener informes de la hija del virey, de la que tan locamente se habia apasionado. Por eso habia sido que el general, en la prevision de que Pinto no dejaria de tocar á México, impelido por las tentaciones que allí le llamaban, le habia recomendado que no se dejera ver mas que de Iturbide, que como uno de los descontentos debia ser á la vez uno de los conspiradores.

—No, no me ha ordenado que llegue, insistió pensando Adrian, pero ha previsto que podria ocurrírseme cometer esa locura, que no será mas que una locura, siendo tan conocido como soy en México. Es verdad que han trascurrido ya seis meses, que ya debo estar olvidado de todos, que tengo la tez quemada por el sol y esto lo mismo que haberme crecido la poca barba que tengo y el haberme robustecido, debe haber cambiado un poco mi fisonomia, á la vez que el trage que llevo ó cualquiera otro me podrá servir de disfraz; pero lo más fácil será que alguno ó alguna me reconozcan y eso bastará para que lo sepa el virey y para que yo sufra las consecuencias. Será por lo mismo buscar un evidente peligro si me arries-

go á penetrar en las calles de México á la luz del dia; pero no habrá ninguno seguramente si me aprovecho de las sombras de la noche. De noche estoy seguro que nadie me conocerá. Además, si Elena llega á saber alguna vez que yo anduve cerca de ella y no me atreví por miedo á intentar verla, ¿qué dirá? Porque Elena me ama, segun mi corazon me lo dice, ó á lo menos me amaba antes de que atentara á la vida del coronel de Gabriel con quien estuvo desposada..... ¿pero por fin se desposaria? ¿La herida que yo inferí al cobarde coronel, fué ó no mortal? Los simples rumores que han llegado hasta mí desde entonces no me aclaran ninguna de mis dudas. En vano he buscado las gacetas: todas han guardado sobre ese hecho el más absoluto silencio. Las pocas personas que han llegado hasta nosotros diciendo saber algo, no han podido asegurar si de Gabriel murió ó no de la herida y si ha continuado feliz ó infeliz aquel matrimonio. ¿Qué habrá sucedido? Pues precisamente para saber lo que ha sucedido necesito ir á México cuésteme lo que me costare. Puedo perder en la empresa la vida ¿y qué? no la expongo todos los dias en cada combate? Ya podrian haberme matado en cada uno de ellos puesto que han perecido todos los que estaban á mi lado, ¿no me será mucho más satisfactorio, mucho más glorioso, espirar á los piés de mi Elena?

Así pues, en el ánimo de Adrian penetró sin dificultad la intencion, la resolucion de llegar á México y procurar á toda costa ponerse en contacto con la hija del virey.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Pensando en esto, lo mismo que en tantas circunstancias de como estaba á la sazon rodeada su existencia, anduvo el resto del camino que se proponia hasta divisar desde una pequeña loma por la tarde un reducido caserio que estaba en el declive.

—Allí nos quedaremos esta noche, le dijo á su criado Diego Sarmiento, quien le contestó:

—Si el amo no tiene empeño en ir á las casas, seria mejor irnos á descansar en el arroyo que se ve al otro lado.

—¡Dormir al campo raso cuando hay casas! exclamó Adrian.

—Yo iré al oscurecer á ellas á buscar algo de comida.

—No, no, le dijo Adrian que no tenia como jóven que era, la menor desconfianza de nadie, vamos al pueblo, rancho ó lo que sea.

En efecto, era una especie de rancheria que se llamaba San Antonio formada de unas ocho ó diez casuchas y un tendajo, y á la cual se encaminó directamente Adrian seguido de su criado.

Los perros ladraron, algunas mujeres sacaron las cabezas por las ventanillas y dos ó tres hombres que habia en el tienducho salieron á la puerta al oir las pisadas de los caballos.

—Buenas tardes, amigos, les dijo Adrian, ¿me pueden ustedes decir en dónde hallaré posada por esta noche?

—Posada no hay aquí ninguna, le dijo uno de los tres hombres adelantándose con el sombrero en las

manos; pero tio José María puede darles alojo aquí mesmo si sus mercedes quieren.

—Sí queremos, le contestó Adrian con toda jovialidad, con tal de que haya paja para nuestros caballos y unos huevos ó un pollo para nosotros, la cama nos es indiferente.

El tio José María, que parecia el dueño, era un viejo de barba blanca que salió tambien á la puerta y confirmó el ofrecimiento despues de hecha esta pregunta:

—¿A cuál partido pertenecen sus mercedes?

—Pertenecemos al partido de que unos y otros nos dejen en paz.

—Norabuena, porque este es punto por donde pasan á cada momento partidas de insurgentes y de realistas y en esta noche parece que los que han de venir son realitas.

—Pues siendo así, ¿cómo es que las casas no están quemadas y la tienda, segun parece, no ha sufrido ningun saqueo?

—Porque todos parecen respetar mis canas y porque ademas á unos y otros se les sirve aquí como se puede y como Dios manda.

No quedó muy satisfecho Adrian con esta respuesta sabiendo como sabia que en aquella guerra no habia término medio; pero pareció quedar convencido y dijo bajándose del caballo:

—Está bien, que descansen y coman un poco nuestras cabalgaduras, que comamos y durmamos bien nosotros y Dios dispondrá lo demás.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Todos se prestaron á coger las riendas y ayudar al escudero Sarmiento á desenjaezar las béstias llevándolas á un corralejo donde se les sirvió un poco de *rastrojo*, así se llamaba desde entonces el compuesto de hojas y cañas del maiz.

Cuando estaban en esa operacion, preguntó con cierto aire de curiosidad indiferente el criado de Adrian á uno de los mozos que le ayudaban:

—¿A cuál realista es al que se espera aquí esta noche?

—A un tal Francisco Cañete, que se titula capitan y que es más malo que Júdas.

—¿Trae mucha gente?

—Trae doce ó quince hombres; pero él solo hace más perjuicios que una tropa grande.

—¿Y de qué se ocupa?

—Dizque anda cuidando los caminos para que pasen los convoyes y espiando á donde van y de donde vienen los caminantes. A los que no traen buenos pasaportes los despacha luego al otro mundo.

Sarmiento estaba inclinado barriéndoles el piso á los caballos y ademas comenzaba á oscurecer, motivo por el cual no pudieron ver los gañanes que habia cambiado de color con aquella noticia.

Luego que pudo fué y sacó á su amo del tendajo y le dijo aparte:

—Mi amo, estamos aquí mal, porque el militar realista que va á llegar viene pidiendo papeles.

—Sí, ya he tomado tambien otros informes con el

tio José María y veo que no nos conviene quedarnos, de modo que nos iremos antes de media noche.

—Que mejor era que luego!

—Seria hacernos muy sospechosos.

—¿Y qué? ganaremos siempre mucho terreno.

Adrian no quiso manifestar debilidad delante de su criado y le contestó que despues de comer y dormir un poco decidiria lo mas conveniente.

La cenita que les dispuso la mujer del tio José María no estuvo del todo maleja, solo que no habian acabado de saborearla cuando oyeron un tropel de caballos.

—¡Los realistas! dijo una voz por detrás de la puerta.

—¡Jesus nos amapare! exclamó la mujer cayendo de rodillas y poniéndose en cruz á la vez que el tio José María se levantó para ir á recibirlos.

—Vámonos, mi amo, dijo Diego Sarmiento con voz angustiada.

—Corre á ensillar los caballos.

—¡Por Dios! les dijo el tio José María, que si ustedes tienen que ver algo con los insurgentes ó no tienen sus papeles en regla procuren escaparse aunque sea á pié, porque á ustedes y á nosotros nos despedazarán esos hombres si siquiera huelen que tenemos aquí tales viajantes.

Sarmiento sin oir estas palabras del anciano se habia lanzado á la puerta de la espalda de la casucha que daba al corral para ir á ensillar los caballos. Adrian se quedó impávido delante de la tabla puesta

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

sobre unos huacales en donde se le habia servido la cena, procurando consumir los restos, y dijo á tio José María con tranquilidad:

—Puede usted abrirles la puerta de la tienda, que yo no tengo motivos para huir.

—¿No es usted de los insurgentes?

—No.

—¿Tiene usted pasaporte de algun gefe realista?

—No.

—Pues entonces huya usted por la Vírgen Madre, huya usted, desdichado jóven, ó aquí perece junto con nosotros.

El viejo parecia verdaderamente acongojado.

—En fin, dijo Adrian, por ustedes tendré que hacerlo.

Y se levantó agregando:

—¡Qué vida la de estas pobres gentes!

La puerta del tendajo se abrió y se oyó la voz del gefe de la partida realista que dijo con voz fuerte:

—Me han dicho que tiene usted huéspedes, tio José María!

—Sí..... no..... es decir.....

El viejo estaba tembloroso y no podia articular las palabras.

—¡Cómo se entiende! ¿engañitos conmigo? Hablará usted claro, viejo de todos los diablos?

—Sr. D. Francisco, exclamó al fin arrodillándose y poniéndose en cruz, yo no puedo negar la hospitalidad á las personas que pasan por este camino.

—Luego es cierto que hay aquí dos hombres. Vamos á ver, ¿quienes son? ¿en dónde están?

Adrian se presentó detrás del tio José Maria que estaba aún de hinojos.

—¿Qué es lo que se ofrecia? preguntó.

—Se ofrecia que se rinda usted á discrecion, le dijo Cañete.

—¿Yo? ¿y por qué causa, si se puede saber?

—Porque es usted un espia de los insurgentes. Lo sé todo. Soldados, apodérense ustedes de ese hombre.

No habia acabado de pronunciar tales palabras cuando Pinto le habia tirado un pistoletazo que le hizo caer del caballo. Inmediatamente los soldados que llevaba se bajaron de los caballos y se metieron en la tienda. Pinto disparó la segunda pistola dejando á otro hombre tendido y en seguida se metió al corral, saltó sobre su caballo que ya estaba ensillado y dijo á Sarmiento:

—Sígueme.

Ya era tiempo porque otra parte de los soldados venian ya á ocupar la entrada del corral por la que salió Pinto abriéndose paso con la punta de su espada. Sarmiento le siguió sin haber concluido de ensillar su caballo, pero al trasponer la puerta cayó atravesado de un balazo.

—¡Ira del cielo! exclamó Pinto volviéndose y atravesando con su espada al que habia herido á su criado; pero como se aumentaba el número de los enemigos, dió la vuelta, diciéndoles:

—Ya nos veremos otra vez, ¡cobardes! ¡asesinos!

Y lanzó su caballo al galope con direccion al arroyo.

Nadie lo siguió; pero sí se sintió triste y desalentado con la falta de su criado que era un hombre fiel, listo, desconfiado y valiente. Ademas, era conocedor de los caminos por haber sido arriero antes de la revolucion y esto hacia doblemente sensible su pérdida.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Pinto llegó á sentirse vacilante sobre lo que debia hacer. ¿No seria cuerdo regresar al lado de Mina y decirle que era imposible ir á llenar la comision que le habia confiado en medio de tantos obstáculos? No convendria traerse mejor una escolta de ocho ó diez hombres con los cuales podria abrirse camino á la fuerza por todas partes? Pero no se reirian de él Mina y los demás oficiales? ¿Cómo prescindiria de ir á México á estar, aunque fuera por unos momentos, cerca de Elena, cuando ya habia consentido en ello? ¿Tendria miedo de verse solo en aquellos senderos cuando tantas veces habia visto frente á frente otros peligros mayores? ¿No habia salido bien de aquel? ¿Pues por qué no se habia de librar de los que tuviera en adelante? Y si acaso perecia antes de llegar al término de su viaje, ¿qué le importaba? ¿á quién le hacia falta? ¿quién habia de pensar que habia existido tal Adrian Pinto en el mundo?

Con estos y otros pensamientos logró serenar su ánimo y continuó al paso que quiso tomar su caballo por los senderos que creyó eran los que habia de llevar conforme á la direccion de su viaje.

Al poco rato divisó unos árboles á un lado del camino, se dirigió allí, ató su caballo dejándole la cuerda bastante larga para que pastara y él se acostó y se durmió profundamente. Solo despertó cuando comen-

zó á alborear la mañana. Despues de darse nueva cuenta de su situacion, enfrenó su caballo, montó en él y siguió su camino.

No tardó en verse rodeado de otra partida como de treinta hombres muy mal montados, muy mal armados y muy mal vestidos.

—Estos son insurgentes, murmuró, no me conviene huir.

A los pocos segundos ya tenia varios mosquetes preparados en el pecho.

—Rindase, le dijo uno,

—Pié á tierra, le gritó otro.

—¿Quién es el gefe? preguntó Pinto.

—Yo, le contestó un hombre que tenia la cara cortada y muy malas trazas.

—Vengo del campo del general Mina, le dijo y voy á buscar al general D. Nicolás Bravo para cumplir una comision.

Nadie supo allí quién era Mina, ni donde estaba á la sazon D. Nicolás Bravo, al cual sí ya habian oido nombrar; pero de todas maneras no estaban dispuestos á perder el tiempo en conversaciones y querian que les dejara el caballo, las armas y el dinero que llevaba consigo.

—Pero, señores, si soy de ustedes, si pertenezco como oficial al ejército insurgente, si tengo á mi cargo una comision del servicio.

—Pronto, el caballo y el dinero.

Entonces Pinto quiso sacar el papel que le habia dado Mina, con el cual se proponia probar que era

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

del mismo partido; pero esto era inútil porque ninguno sabia leer ni reconocian el carácter de Mina.

—Está bien, les dijo, creyendo que era una buena transaccion la que les proponia, me quedo con ustedes de soldado; pero déjenme todo lo que me pertenece.

Mientras discutian esta proposicion los principales de la partida y dos tenian uno de la rienda al caballo y otro de un brazo á Pinto, se presentó inesperadamente la partida de caballeria realista de Cañete que se habia venido siguiendo las huellas de Adrian, lanzándose á galope sobre los insurgentes. Estos hicieron una leve resistencia; pero como Pinto tenia mejor caballo, aprovechó el primer momento de verse libre, y sin pensar en combatir partió al galope, siempre con direccion á Querétaro.

A duras penas logró llegar á esa ciudad, escapándose como podia de las malas aventuras y por su buena suerte tocó á las puertas de una casa en donde hizo conocimiento con muy buenas gentes que le pudieron inspirar plena confianza para referirles lo que le pasaba. No eran mas que mujeres, pero todas eran hermanas ó madres de algunos hombres que andaban en la guerra peleando por la independencia. Estas le aconsejaron que vendiera su caballo y se reservara solo las armas mas indispensables para su defensa, siguiendo el camino con uno ó dos burros que deberia llevar cargados de cualquiera mercancia ordinaria.

Pinto estuvo luchando mucho consigo mismo para decidirse á hacer uso de tal ardid, no tanto por or-

gullo cuanto por temor de que fuera á ser reconocido ó sospechado, llevado á México y expuesto allí á la vergüenza pública; pero tuvo al fin que acceder convencido de que seria el único medio de evitar nuevos tropiezos. Le habian ya proporcionado un vestido muy humilde de los que usaba la gente pobre del pueblo, su sombrero de palma y su pechera de cuero, lo mismo que todos los demás arreos que debian servirle para hacer su camino á pié detrás de dos burros cargados de carbon para la capital, cuando vino á decirle una de aquellas mujeres de la casa donde estaba oculto, que ya le habia conseguido acomodo para que pudiera hacer su viaje sin riesgo ninguno.

—¿Cómo? le preguntó Adrian.

—Con un cargamento de plata que sale escoltado para México.

—¿Será posible?

—De pura casualidad el capataz de los arrieros es conocido mio y diciéndome que le faltaban dos ó tres mozos seguros, yo le ofrecí uno que no le habia de disgustar.

Adrian no pudo menos de sonreir y poniéndose luego su disfraz, con el cual quedó inconocible aunque siempre demostrando un aire muy distinto al de los arrieros comunes, siguió á su protectora y fácilmente quedó aquella misma mañana terminado su enganche. La partida debia verificarse al dia siguiente.

Desde tres horas antes de que saliera el sol sintió Pinto algun tráfago en la casa. Era que se habian levantado todas las mujeres y que se ocupaban en la

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

cocina no solo de hacerle el desayuno sino de arreglarle algo de bastimento para el camino.

Con muchísimo trabajo consiguió que le aceptaran aquellas buenas gentes una moneda de oro que les dejó mas bien como recuerdo que como paga de su hospedaje, y despidiéndose de ellas que no le vieron partir sin derramar lágrimas, fué á tomar su lugar en el atajo que le estaba designado.

Los primeros dias del viaje fueron muy pesados para Adrian que no estaba acostumbrado á andar á pié ni á cargar las mulas; pero al fin llegó á acostumbrarse á aquellos nuevos trabajos y despues de rendir quince ó veinte jornadas llegó por último á verse, no sin sentirse muy conmovido, en las calles de su querida capital.